

LA HABITACIÓN DEL TÍO ABUELO ROBERT

Hola, soy Alice Usher. Yo soy una chica alta, de pelo negro, ojos azules y soy blanca de piel. Soy hija única de los ejecutivos más ocupados (por lo que pasan poco tiempo en casa) y que trabajan en una de las más importantes empresas de todo Nueva York. Y esta presentación se debe a que tengo un cuento que contaros, un cuento que sucedió no hace mucho:

El curso escolar había acabado, por lo que, a la salida del instituto, todos los niños hablaban de sus notas, de que si iban a repetir o no, de salir a pasear hasta las tantas de la noche, de campamentos, de las vacaciones, de que por fin no les iban a ver las caras a los profesores, salir de fiesta, de los modelitos de la playa... Y yo, la única persona de todo el mundo que tendría que quedarme en mi habitación sola, sin amigas (ya que ellas se iban de viaje) y sin ordenador ni consolas por las notas que había sacado, o eso creía yo.

Una semana después de dar vacaciones, mis padres me dieron la noticia de que se tenían que ir de viaje de negocios. Y yo pensaba: "¡Qué bien! Al final si ellos se van podré divertirme un poco: haré pizza y palomitas para comer, montaré una gran fiesta e invitaré a todo el instituto, me acostaré y me levantaré a la hora que yo quiera..." Pero inmediatamente me di cuenta de que todo eso no podría ser, ¿y por qué? Por la detestable conclusión a la que llegué irremediabilmente tras pensar un poco, ¡unos padre no pueden dejar sola, durante Dios sabe cuánto tiempo, a su hija de doce años! Por lo que entonces mi madre me comunicó:

-Te dejaremos por una semana en la casa de los abuelos.

-¿¡Qué!? ¿¡No me podéis dejar allí!? ¡No me podéis hacer esto! - dije horrorizada.

-Cariño, ¿por qué no quieres ir? Los abuelos te tratarán bien, como hicieron de la última vez - intentó persuadirme mi padre con una voz dulce y apaciguadora.

-Pero... es que esa casa... me dan escalofríos cada vez que entro en ella - me quejé temblando de solo pensar en la siniestra y aterradora casa que,

por las noches, parecía salida de una película del estilo de "Viernes 13". Bueno, quizá exagere, pero la cuestión es que da un poquito de miedo.

-Es la única opción. Sabes que si pudiéramos te llevaríamos con nosotros - dijo mi madre con tristeza (siempre seré su pequeño retoño)-. Y, aparte, eres ya mayorcita para comportarte así, hay que dejarse de tonterías (bueno, vale, no siempre seré su retoño).

-De acuerdo, iré - dije, rindiéndome totalmente.

-Pues venga, ponte a hacer las maletas que, mañana mismo, te vas a Napanee.

El viaje de ida fue agotador. Y ni siquiera eché una cabezadita, ya que estaba nerviosa por ir a esa casa (o como yo la había bautizado, la mansión de Frankenstein). No es que le tuviera miedo a la casa de mis abuelos, pero la última vez que fui, sentía como si alguien o algo me estuviera observando y no me sentía cómoda. La mayor parte de las veces esto ocurría en la que había sido la habitación de mi tío abuelo Robert (que descubrí que había sido su habitación y que él había existido porque a mi abuela que se le había escapado, porque nadie me había hablado de él hasta entonces).

Al llegar a la casa de mis abuelos, me despedí de mis padres (en plan, "no os volveré a ver más en mi vida") y salí del coche. Después de que se fueran, me fijé en la casa, era totalmente igual de cómo era hace cinco años: las mismas ventanas con los cristales rotos (por Halloween unos niños les tiraron piedras), la misma puerta toda arañada (una vez, cuando mi abuela volvía del supermercado, unos perros se lanzaron a correr detrás de ella, si no llega a llegar a tiempo a casa... sabe Dios lo que habría ocurrido), mismas paredes (que por dentro de la casa estaban llenas de humedades)... y tan exactamente igual que, cuando la miré, me volvió a dar escalofríos.

Antes de que yo pudiera acercarme a la puerta de la casa, para tocar el timbre, mi abuela (una mujer bajita y regordeta con el pelo blanco) me vio por la ventana (esa manía que tiene de estar todo el santo día mirando por ella) y salió corriendo (más bien andando un poco rápido) a recibirme:

-Cariño, ¡qué alta estás! ¡Y qué mayor! ¡Y qué delgada para vivir en la ciudad de la comida basura! - dijo mi abuela, a la vez que me daba uno de sus súper abrazos asfixiadores-. Bienvenida otra vez a nuestro hogar.

-Gracias, abuela - dije con falta de aire.

-Bueno, tu abuelo fue a trabajar, así que yo te ayudaré a deshacer las maletas- dijo mi abuela cogiéndome el equipaje-. ¿Y en qué habitación quieres dormir?

-En la que había sido del tío abuelo Robert- respondí decidida.

-Pero, esa habitación te daba mucho miedo de cuando eras pequeña, ¿no?- vaciló mi abuela, sorprendida ante mi decisión.

-Lo sé, pero ahora ya soy mayor y ya no tengo miedo a una habitación de pacotilla y de chorradas de niña pequeña- respondí orgullosa de la decisión que había tomado.

-De acuerdo, si tú lo quieres así. Pero eso sí, después, en medio de la noche, no te metas en mi cama- dijo mi abuela entrando en la casa.

Los tres siguientes días fueron bastante tranquilos, y dormí bastante bien y cómoda en la habitación del tío abuelo Robert. Pero eso sólo fue durante los tres primeros días. Los tres días después de estos, ya volvía a sentirme observada, pero no me di cuenta de lo que era hasta la noche del último día.

Ya estaba duchada, en pijama y cenada, me disponía a ir a mi habitación a ver un poco la televisión, y si me sobraba tiempo, descubrir qué era lo que me observaba, aunque podrían ser un par de cosas: mis abuelos o el perverso del pueblo.

Aburrida de que no echaran nada que mereciera la pena (sólo programas del corazón) en la televisión, me puse en plan investigadora y empecé a registrar la habitación. A lo mejor había cámaras y era un programa de televisión que habían contratado mis padres y mis abuelos para darme una lección y que dejara de hacer tonterías.

En el cajón del medio de la mesilla derecha de al lado de la cama, había una cajita de cristal con flores talladas, que, por los bordes, tenía como

unas enredaderas de plata, que nunca me había parado en ella. Cuando la intenté abrir no podía, ya que le hacía falta una llave.

Me puse a buscar esa llave por todos lados: en el armario, debajo de la cama, detrás de los cuadros, detrás de la televisión, dentro del resto de cajones, debajo de las alfombras, en el escritorio, en la basura... Pero nada, no lograba encontrar la llave.

Un poco desilusionada, me acosté en la cama y empecé a dormir. Pero fue poco lo que dormí.

A la medianoche escuché un ruido que venía del armario. Un poco asustada y aún media dormida, me levanté para abrir la puerta del armario. La mano me estaba temblando y antes de que yo tocara el tirador del armario, este se abrió sólo de par en par y de él salió como una especie de sombra blanca que empezó a volar por toda la habitación. Yo, asustada, me escondí debajo de la cama para que no me viera "eso", fuese lo que fuese pero, "eso" dijo:

-No tienes por qué tenerme miedo, no te voy a hacer daño, sólo quiero hablar contigo.

Yo seguía sin contestar, estaba muerta de miedo diciendo: "¿quién narices es esa cosa para hablarme así y aparecer en medio de la noche en mi habitación? ¿Quién es para que me diga que no le debo tener miedo? Como si "eso" me conociera de toda la vida".

-¿Qué pasa? ¿Te ha comido la lengua el gato?- me preguntó con la intención de que le contestara.

-¿Quién eres?- le pregunté sin rodeos.

-¿No sabes quién soy?- me preguntó sorprendido-. Pues se podría decir que soy el protagonista de este cuento.

-¿De qué hablas? Responde a mi pregunta y deja de decir estupideces- le exigí.

-¿Cómo te atreves a hablarme así?- preguntó-. Encima de que estás en mi habitación.

-Pero... Pensaba que... Tú no... ¡No puedes ser el tío abuelo Robert!- dije saliendo de debajo de la cama, pero, cuando lo vi, por un momento pensaba que se me iban a salir los ojos de las cuencas de abrirlos tanto.

-¿Qué te pasa?- preguntó sorprendido-. Aaaaaah... es que se me olvidó decirte que soy un fantasma. Perdón.

-Pensaba que estabas vivo- dije, entristecida.

-No. Fallecí dos días antes de que celebraras tu primer cumpleaños, y morí justo en esta habitación- dijo mirándome a los ojos-. Y como morí antes de que tú nacieras, para ir al otro mundo, necesito cumplir mi misión, que es lo que aún me encadena a estar aquí. Tengo que darte tu regalo de cumpleaños. Toma la llave.

La llave era dorada, con flores talladas, su tamaño sería más o menos el de un dedo meñique y la llave estaba unida a un eslabón, que a su vez, la unía a una cadena de oro.

-¿Es esta la llave que abre la cajita que está en el cajón?- pregunté aún mirando la llave, pero no recibí respuesta.

Cuando levanté la cabeza para mirar al tío abuelo Robert, ya no había nadie. Ya se había ido, suponía que ya estaba en el más allá.

Rápidamente, cogí la cajita de cristal e introduje la llave en ella. Al abrirla, de la cajita, salió música y una bailarina bailando. Era una cajita musical. Al lado de la bailarina había una nota que decía:

"Querida Alice:

Cuando leas esto serás ya una chica grande, ya que este es aún tu primer cumpleaños y aún no sabes leer.

Quiero que sepas que yo, lo más probable es que no pueda celebrar tu cumpleaños contigo, porque tengo una enfermedad que... bueno, dejándonos de tonterías, me voy a morir.

Me gustaría pasar contigo todos los años que pudiera y verte crecer, hacerte una chica grande y guapa..., pero no va a poder ser.

Espero que nunca te olvides de tu tío abuelo Robert porque, aunque no esté aquí, te cuidaré siempre desde los cielos.

Cuídate mucho, querida Alice (y pórtate bien).

Tío abuelo Robert"

En el resto de la noche no pegué ojo.

Al día siguiente me puse a hacer rápidamente mis maletas, todavía no sé por qué dejo las cosas para el último momento. Mi madre dice siempre: "¡Siempre esperas para el final!". Supongo que tiene razón, pero por mucho que lo intento, no consigo cambiar. Volviendo a lo de antes, en mi maleta guardé: camisetas, jerséis, pantalones, abrigos (porque estábamos en Canadá), zapatos... y por supuesto, la cajita de cristal del tío abuelo Robert.

Mis padres me vinieron a buscar al mediodía. En el coche les pregunté:

-Oye, mamá. El tío abuelo Robert, ¿qué enfermedad tenía?

-¿Quién te habló del tío abuelo Robert?|- preguntó mi madre, alarmada.

-Eeeeh... ¡La abuela!|- respondí.

-Tu tío abuelo tenía una enfermedad llamada alzhéimer- dijo mi madre mirando hacia la carretera-. Es una enfermedad que hace que pierdas la memoria poco a poco, puedes olvidarte desde dónde aparcaste el coche hasta ser incapaz de reconocer a tu propio hijo.

-Pero no provoca la muerte, ¿verdad?|- pregunté casi segura.

-No. Lo que le pasó al tío abuelo Robert es que se suicidó. Porque no quería vivir sin acordarse de las personas más importantes que lo rodeaban- respondió mi madre, llorando-. Nunca te lo había dicho porque no quería que supieras que alguien de tu familia, próximo a ti, se quitara la vida él mismo.

En el viaje de vuelta a Nueva York me quedé dormida y pensando que nunca iba a estar sola, porque el tío abuelo Robert estaría siempre a mi lado.

Ahora, todos los veranos, voy a la casa de mis abuelos y, muy a menudo, llevo a mis amigas y todas nos ponemos a dormir en la habitación del tío abuelo Robert, y siempre les cuento este cuento.

MARÍA RAMOS CARRO 1º ESO A